MUNDO DE LIBROS

Obras selectas de la celebre monja de Mejico, sor Juana Ines de la Cruz: precedidas de su biografia y juicio crítico sobre todas sus producciones

SISTER JUANA INÉS DE LA CRUZ

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

Obras selectas de la celebre monja de Mejico, sor Juana Ines de la Cruz: precedidas de su biografia y juicio crítico sobre todas sus producciones

Sister Juana Inés de la Cruz

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

OBRAS SELECTAS

DE LA CELEBRE

MONJA DE MEJICO,

SOR

JUANA INES DE LA CRUZ,

PRECEDIDAS DE SU BIOGRAFIA Y JUICIO CRÍTICO SOBRE TODAS SUS PRODUCCIONES,

POR

JUAN LEON MERA

QUITO.

IMPRENTA NACIONAL.

1873

A la cara memoria de mi amigo el distinguido jurisconsulto

Doctor Don Ramon Miño,

consagro respetuoso mi corto trabajo en este libro.

J. LEON MERA.

FE DE ERRATAS.

PÁG.	LINEA.	DICE.	LÉASE.
VI	1	de la Sor	de Sor. XXI
20	sus plumas	su pluma. XXVIII	24
en la misma	es la misma 23	12	quereses;
quereres; 30	19	no me vistas de	no me vistas la 41
3	su vista	su vista. Id.	22
En en	En el 46	21	pretendo
pretende 106	14-15	venia mia	venia mía. No lo hagais
No la hagais 272	27	estais	esteis

Las demas erratas que se hallaren serán advertidas y corregidas por el buen juicio del lector.

BIOGRAFIA

DE

SOR JUANA INES DE LA CRUZ,

Poetisa mejicana del siglo XVII,

Y JUICIO CRÍTICO DE SUS OBRAS.

I

El sexo llamado débil y mirado con desden, especialmente al considerarle por sus facultades intelectuales, ha venido de siglo en siglo, ántes y despues de la era cristiana, dando pruebas de que ese desden ha sido injusto, y protestando á la faz del mundo contra él.

El hombre que se ha llevado para sí toda fuerza y todo poder en la sociedad, relegando á la mujer á una region inferior, no ha podido en ningun tiempo hacer que se eclipse del todo en el alma femenina el destello de luz que, junto con la existencia, recibiera de la mano de Dios.

¿Afirmaremos esta verdad con hechos históricos? No hay necesidad: ¿quién la niega en nuestros dias? Ya se confiesa francamente que la mujer no es una _cosa_, que tiene alma, que sabe pensar, elevarse y ennoblecerse, que posee derechos propios y que su destino en la humanidad está nivelado con el del hombre, su _compañero_, no su _señor_ y _dueño_.

Prescindamos, pues, de una erudicion intempestiva, y limitémonos á breves reminiscencias cuando vengan ajustadas al agradable tema en que vamos á ocuparnos: la vida de una célebre mujer y las obras con que inmortalizó su nombre y honró á su patria.

II

El siglo que dió á la literatura francesa las Sevigné y las Dacier, dió también á la española las Záyas de Sotomayor en la península y las Sor Juana Ines de la Cruz en América.

¿Quién fué esta religiosa?

Sabíamos que hácia los últimos años del siglo XVII habia florecido en la tierra de Anahuac un notable ingenio poético llamado de aquel nombre. Pero á esto solo se hallaban circunscritas nuestras noticias: conocíamos, pues, un nombre; esto es, no conocíamos nada. ¿Quién puede preciarse de saber el contenido de un libro porque aprendió su título de memoria?

Con todo, un nombre de mujer, y de mujer americana, fué motivo bastante poderoso para dispertar nuestras simpatías por ella, y hacernos desear el conocimiento de sus obras.

Por aquel tiempo leimos la excelente “Historia de la literatura española” por M. Ticknor, y encontramos mentado el nombre de la monja de Méjico precedido del epíteto de _célebre_. En una nota, al pié de la página, se la llama la _Décima Musa_ y se citan sus _poemas_ dados á la estampa en Zaragoza de 1682 á 1725, en tres tomos en 4º; mas al fin se han puesto estas líneas tomadas del “Semanario pintoresco” del año 1845: “Sor Juana Ines de la Cruz, mas notable como mujer que como poeta, nació en Guipúzcoa[A] en 1651, y murió en Méjico en 1695.”

Ser célebre y merecer el dictado de décima musa, son cosas incompatibles con el juicio fatal que encierran estas últimas palabras.

Un calificativo honroso en boca de M. Ticknor es tìtulo valioso: difícilmente el concienzudo literato anglo-americano pudo haber concedido celebridad á quien no la tenia. En lo de haber levantado á la monja al coro de las piérides, no teniamos confianza, porque era obra de sus contemporáneos y, sobre todo, de un tiempo en que la hipérbole fué condicion precisa del elogio, y este se habia abaratado

por estremo en el mercado de las letras castellanas. Por otra parte, juzgábamos que los autores del “Semanario pintoresco” no se habrian atrevido á echar á volar su parecer acerca de una poetisa que les pertenecia, sino con pleno conocimiento de sus obras, y fiados en muy sano criterio.

Una mujer, una americana habia escrito versos á fines del siglo XVII. Esta rareza llamó acaso la atencion de M. Ticknor, mas que el mérito real de esos versos, y le hizo soltar en su “Historia de la literatura española” una palabra de tanta significacion. El que halló en la misma autora mayor mérito en la mujer que en el poeta, tuvo, pues, acaso mas razon. El sexo sirvió en cierta manera à las letras, no estas al sexo; la hechura, aunque asaz imperfecta, se hizo notable á causa de la deficiencia del instrumento en ella empleado. Ademas, las notas de la obra citada, ¿no son puestas por el mismo M. Ticknor?

A tales reflexiones nos condujo nuestra sindéresis. La simpatía vacilaba, pero era mas ardiente el deseo que abrigábamos de conocer las poesías de Sor Juana Ines. El velo de la ilusion no se habia rasgado del todo, aunque presentíamos que iba á desaparecer una estrella del cielo americano, y esto nos causaba enojo. La ruptura entre nuestro primer pensamiento sobre la autora y nuestro juicio posterior, entre el afecto que habia anidado en el corazon y el rayo de luz que aclaraba el entendimiento, nos parecia inevitable.

Por dicha nuestra, ántes que las obras de la religiosa mejicana, nos vino á las manos otro libro precioso por muchos respectos: “La mujer,” por don Severo Catalina. En una de sus páginas salpicadas de diamantes extraidos de las minas del corazon y de la inteligencia, encontramos unos versos. ¡Versos de la Sor Juana Ines de la Cruz,

llenos de poesía y de verdad, inspirados por un profundo sentimiento de indignacion contra la injusticia del hombre, y de justicia en pro de la mujer!

Entre esos versos hay esta cuarteta:

“Pues ¿para qué os espantais
De la culpa que teneis?
Queredlas cual las haceis,
O hacedlas cual las buscais.”

“Estos versos, esclama el señor Catalina, pueden constituir un tratado importantísimo de filosofía y de moral.”

Cierto; y ellos constituyen, ademas, un valiente reto dirigido á quienes, concupiscentes, matan la virtud de las mujeres, y necios, se lamentan de no hallarlas con las prendas que han destruido con sus propias manos.

La belleza poética y la belleza moral de esos versos nos entusiasmaron, y Sor Juana Ines fué restituida al honroso pedestal de que la habiamos bajado á causa de la cavilacion en que nos pusieron las palabras del “Semanario pintoresco.”--Esa poesía, nos dijimos, no la produce sino un poeta; esa verdad no es hija de una alma vulgar: Sor Juana fué, sin duda, mujer de gran talento, y sus obras deben ser dignas de ella.

Este juicio, ya por demas favorable, vino á robustecerse con la honrosa memoria que de la _Monja de Méjico_ hace el insigne historiador moderno, César Cantú, y con las biografías de la misma que consultamos posteriormente. Mas el criterio fundado en el dicho de otros autores, por muy acreditados que sean, es con frecuencia

inseguro; ó por lo ménos es indudable que vale mas la luz obtenida por medio de las observaciones propias, aunque sea corta, que la que se recibe por la reflexion de agenas inteligencias. ¡Las obras! veamos las obras de la Monja! Y tanto mayor era el deseo de verlas, cuanto los escritores citados la atildan de gongorista, y queriamos que nos constase este pecado de una poetisa por quien ya ardiamos de entusiasmo.

¡Las obras! las obras de la _Décima Musa_! ¿Dónde dar con ellas en nuestra tierra en que es tan difícil hallar libros antiguos y en que casi no existen bibliotecas públicas? Sin embargo, las buscaremos; nuestras diligencias no serán infructuosas; leeremos esas obras con el interes que cumple à un americano, y sin duda hallaremos en ellas mucho bueno. Sí, es imposible que Sor Juana Ines no haya producido mucho bueno. El gran ingenio que se estraviò imitando á Góngora en lo malo, ha debido imitarle tambien en lo excelente, ó no es un gran ingenio, y no es la poetisa celebrada por Ticknor y Cantú.

Las perlas sacadas del fondo del mar no son para que yazgan perpetuamente sepultadas en el fondo de un cofre, y, sinembargo, tal es la suerte que á muchas cabe. Así sucede tambien con algunas producciones del talento, y quizás tan mal destino ha cubierto con sus sombras las de la monja mejicana. Celebradas con calor cuando aparecieron, brillaron en la corona de la Nueva España por cortos años. Cambiáronse los tiempos; al exceso de mal gusto del siglo culterano se siguió el rigor de la reaccion literaria, y la sociedad, avara é injusta, encerró esas joyas en el cofre del olvido, confundiéndolas sin discernimiento con las zarandajas y pepitorias ridículas que en verdad abundaron en España y América con lastimosa profusion. Busquémos, pues, los cantos de la arrebatada

musa de Nueva España, busquémoslos como otros buscan el oro que la avaricia cubrió de tierra por sustraerle de las miradas de la necesidad.

III

Grande amor hemos profesado siempre á nuestra América, tan rica y tan hermosa, y á esta pasion ha correspondido nuestro entusiasmo por sus glorias. Cuando tratamos de ellas, Méjico, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, todas las naciones del mismo orígen y que viven de la misma vida intelectual y moral en el Nuevo Continente, constituyen para nosotros una sola patria. Los lazos de la lengua y literatura son poderosos por naturaleza; pero en América han adquirido mayor grado de robustez, especialmente desde su emancipacion política, porque desde entónces los americanos han formado un grupo aparte, diremos así, de ideas íntimas é intereses vitales muy diversos de los de la madre patria.

De este amor americano nacia principalmente nuestro anhelo de conocer las obras de Sor Juana Ines de la Cruz. Ya presentíamos, alumbrados por la muestra que habíamos visto, como acabamos de insinuarlo, que serian dignas de todo elogio, y honrosas para Méjico y toda la América española. Las producciones que brotan en este adorado suelo son frutos de una misma huerta, sazonados por un mismo sol y destinados al alimento y deleite de una sola familia.

Un dia tuvimos un verdadero gozo: dimos con el tesoro que buscábamos. Nuestro querido amigo el doctor don Ramon Miño, cuya muerte lamentamos todavía, nos lo proporcionó con su generosidad acostumbrada, franqueándonos su selecta y abundante librería.

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com